

B. Bossi, *Saber gozar: estudios sobre el placer en Platón*, Madrid, Trotta, 2008, 304 pp.

El texto de Beatriz Bossi es un buen ejemplo de la manera como se puede abordar el pensamiento de Platón en la actualidad. La autora, siguiendo a Charles Kahn, nos plantea el reto de leer a Platón partiendo de la unidad de su pensamiento. Frente a la interpretación tradicional que supone un dualismo entre lo inteligible y lo sensible, el presente estudio muestra que, a pesar de la superioridad de lo inteligible, la enseñanza platónica reclama la necesidad de recorrer el camino que va desde el devenir hacia el ser. Esta estructura tensional entre lo sensible y lo inteligible se manifiesta según la autora en la doctrina platónica del placer, la cual, una vez superadas las ambigüedades, las contradicciones y la ausencia de sistematicidad, puede ser vista como una unidad coherente sostenida en la constatación según la cual “el verdadero placer, el placer *en cuanto tal*, está siempre acompañado de una cierta medida que es preciso conocer” (18); ya que “el bien y el placer son la cara objetiva y subjetiva de la misma moneda para el hombre sabio” (220). Para demostrar esta tesis la profesora Bossi se enfrenta a la difícil tarea de interpretar los cinco diálogos (el *Protágoras*, el *Gorgias*, el *Fedón*, la *República* y el *Filebo*) donde la cuestión del placer se presenta más insidiosa y profundamente. Estos diálogos, ordenados cronológicamente (con excepción del *Protágoras*, que la autora conjetura que es posterior al *Gorgias*), son examinados respectivamente en los cinco capítulos que componen el libro.

El primer capítulo (“El *Protágoras*, la sabiduría acerca de los placeres auténticos de la vida”) contiene un análisis general del conjunto del diálogo que pretende situar adecuadamente la escena dramática y argumentativa donde debe ubicarse la cuestión del placer, a saber, la conversación acerca de la identidad entre la valentía y la sabiduría, la cual nos remite a la relación entre virtud y conocimiento. Bossi, siguiendo a Kahn, se enfrenta aquí –aunque el tema recorre todo el libro– al problema del “intelectualismo socrático” que Aristóteles habría contribuido a difundir entre los estudiosos de Platón y niega que ésta sea la posición que defiende Sócrates en el *Protágoras*. La autora, mediante lo que ella llama la psicología de la acción, interpreta que la virtud es esencialmente un tipo de sabiduría que no es enseñable ni susceptible de ser aprendida en meras lecciones teóricas, “sino que se adquiere, a nivel de principiante, por el aprendizaje de una cierta *praxis*” (70). La sabiduría, contra la caricatura aristotélica, se revela como algo más que mero conocimiento teórico, “tiene la fuerza de cambiar los deseos que se le oponen y de prescribir el ejercicio que refuerza su poder” (58) y es, en última instancia, el arte de medir y distinguir los

placeres auténticos de los engañosos. En este sentido defiende Bossi que la identificación entre el placer y el bien expresada en el *Protágoras* debe ser entendida como un artificio retórico para criticar la posición sofista y mayoritaria y que sólo se hace inteligible entendiéndola a partir de la “sabiduría calculadora de la verdadera medida de los placeres” (88). Es lo que la autora llama “hedonismo sapiencial”, el cual a lo largo del libro se va a argumentar que es perfectamente compatible con –y hasta es requerido por– el antihedonismo sensual del *Gorgias*, el *Fedón* o la *República*.

El segundo capítulo (“El *Gorgias*, contra el espejismo del placer ilimitado”) se dedica a exponer, discutiendo con diversos autores como T. Penner, T. H. Irwin, C. Rowe y el mismo Kahn, la posición socrática sobre el placer en el *Gorgias*, la cual gira sobre el eje de su diferencia con el bien, pero que, sin embargo, sigue siendo compatible con las tesis expuestas en el *Protágoras*. Bossi sostiene que, contra lo que pudiera parecer, en el *Gorgias* no se defiende un puritanismo moral, sino la necesidad de distinguir entre los placeres ilimitados (es decir, sin medida) y perjudiciales y los placeres moderados y buenos. Esta distinción se haría en este diálogo centrándose en la virtud de la moderación o en el orden justo (cubriendo así el flanco *ontológico* del tema del bien), mientras en el caso del *Protágoras* se haría centrándose en la sabiduría (cubriendo así el flanco *gnoseológico* del tema del bien). En ambos casos uno debe adquirir una *techne*, un arte de la medida, para identificar los buenos placeres.

En el tercer capítulo (“El *Fedón*: el sentido de la vida y sus placeres a la luz de la muerte”), la autora argumenta que, también en coherencia con los anteriores diálogos, el *Fedón* no afirma la maldad intrínseca del cuerpo y los placeres a él vinculados, sino su maldad potencial en la medida en que nos impide el conocimiento de la verdad. No se trata de negar las emociones, sino de mantenerlas sujetas a la razón, pues “en Sócrates, sus respuestas emocionales están guiadas por sus reflexiones racionales y por ello no teme a la muerte” (171). Según Bossi, el cálculo hedonista sapiencial del *Protágoras* encuentra su reflejo en el cálculo sobre los verdaderos placeres como fuente de serenidad y salvación que expresa la escena íntima del *Fedón* y que nace de la preocupación para conocer el bien, el cual, añade la autora, no sería otra cosa que la medida.

En el cuarto capítulo (“La *República*: el placer verdadero, uno de los frutos de la justicia”), la autora presenta lo que ella llama un nuevo encuadre psicológico del tema en la *República*, donde se muestra un interés por la educación de la mayoría derivado del enfoque político del diálogo. Así, a diferencia de la concentración del alma en sí misma que manifiesta el *Fedón*, en la *República* “Platón se da cuenta de que también es privilegio de la razón servir de guía a las otras partes, cuyas necesidades no pueden lograr mejor ni más verdadera satisfacción que con su ayuda” (207). La parte irracional del alma genera graves conflictos tanto en el alma como en la ciudad, por eso el filósofo, que es el que lleva la vida más placentera, no niega, sino que debe abordar y

equilibrar los diversos apetitos. Otra vez, según la autora, estas tesis son complementarias con el hedonismo sapiencial del *Protágoras*, pues la unidad de la virtud quedaría reforzada por la tesis de que “solamente la razón puede lograr la unidad y la amistad entre las partes del alma” (210).

El quinto capítulo (“El *Filebo*: el placer, salvado por la medida”) cierra los diferentes comentarios intentando mostrar la centralidad de la medida en el *Filebo*, la cual ya se enunciaba en el primero comentario sobre el *Protágoras*. Para hacerlo nos ofrece un largo resumen del diálogo que repasa algunas de las principales interpretaciones del mismo (Damascio, D. Frede, S. Delcomminette o G. Carone) y sigue sobre todo a la lectura “existencial” de H.-G. Gadamer. Bossi se detiene especialmente en el complicado pasaje sobre los falsos placeres y concluye que “la intensidad y la pureza de los placeres son cualidades contrarias, y que Platón se cuidará mucho de dar la bienvenida a los placeres más intensos, prefiriendo siempre, en cambio, la moderación y la pureza de los mismos, a lo largo de toda su obra” (262). La autora intenta hacer coherentes las diversas formas bajo las que aparece el placer a lo largo del diálogo, a saber, como algo ilimitado, como algo puro o mezclado y, finalmente, como génesis, es decir, como algo que no es un fin en sí mismo; concluyendo que, de nuevo, lejos de rechazar el placer corporal como a un enemigo, Platón, lo integra en la vida feliz, siempre que esté acompañado de la sabiduría que le prescribe la medida adecuada. La unidad que permite hacer inteligible el tratamiento platónico del placer nos remite, finalmente, a la misma unidad del Bien, “unidad de una misma sinfonía que Platón escribe en diferentes diálogos” (294), pues, en última instancia, el placer y el bien, correctamente entendidos, son dos caras de la misma moneda. El libro de la profesora Bossi permite, pues, a través del análisis de un tema tan complejo como el del placer, reconocer la unidad del pensamiento platónico sin renunciar a la interpretación de sus textos y sugiriendo, además, una lectura sobre la imagen platónica del sabio como el único que verdaderamente sabe gozar.

Bernat Torres